

vete como si fuera un perro entregado á niños bárbaros; le han maltratado de todas maneras, y despues de dejarle cási sin figura de hombre, le han conducido á Jerusalem preso sin tu permiso ni consentimiento.

—Prócula;—gutturó Pilatos incorporándose irritado en la cama;—¿cuándo ha sucedido eso?

—Esta noche.

—¿Y sabes tú si es verdad lo que me acabas de referir?

—Se que es tan cierto como el amor que te profeso.

—¡Oh... envidiosos miserables! Yo os abatiré hasta haceros comer polvo y lodo, y al hacer justicia el Pretor, han de caer sobre vosotros las befas, y los tormentos de que á Jesús habeis hecho objeto, sabiendo que yo no lo consentia. Caifás y Anás, espíritus encarnados de la envidia y de la maldad, á latigazos he de hacer azotar vuestros rostros por mis liectores, como si fuerais miserables esclavos...

Claudia oyendo á su marido estaba del todo satisfecha. Parecíale que la suerte de Jesús estaba echada ya, y se felicitaba por ello.

Su esposo la preguntó:

—¿Y qué has venido á pedirme tú, Claudia?

—Justicia; nada mas que justicia. Ya sabes cuanto disgusta á Tiberio la pérdida de los grandes hombres que enaltecen su imperio; ya sabes cuanto le disgusta tambien que el inocente se vea atropellado.

—No temas, no temas, Claudia. ¡La justicia se hará! Puedes volverte tranquila á tus habitaciones, confiada en mí.

Claudia abrazó á su esposo afectuosamente, y llena el alma de regocijo se retiró despues á descansar.

—¡Oh!—se decia al tenderse en la cama;—yo hubiera deseado inducirle á buen término por medio de la verdad,

pero esto ha sido imposible, y he habido de recurrir á estremos de estrategia femenil, que yo deseaba evitar en esa cuestion, porque parece que repugnan.

Algun tiempo despues Claudia se habia dormido pensando en Jesús, á quien creia que acababa de salvar.

Pilatos dominado por la ira y el despecho que le embargaban, y por el odio que profesaba á los judíos, no pudo conciliar de nuevo el sueño.

—¡Miserable raza de víboras—oíasele esclamar;—yo que te he humillado tantas veces, yo aplastaré tu cabeza maldita con mi planta poderosa, y te reduciré á la condicion mas abyecta de la esclavitud. Anás y Caifás, un ergástulo será dentro de poco vuestra morada constante.

CAPITULO VII.

El Sueño de Claudia.

La humana mente no puede descansar ni un momento. Espiritu de inmortal actividad, el instante que dejara de trabajar seria el instante de su vuelta al no ser; imágen y hechura del Dios que la ha criado, en el momento que dejara su principio de vida dejaria de vivir.

¿Queremos prueba mas patente y clara de la existencia de Dios, que la inmortal actividad de nuestra alma, que es su imágen? El espíritu no cesa ni un momento de trabajar, ni de dia ni de noche, ni en vigilia ni en sueños, y el de Claudia, que era de la misma naturaleza que el de los

demás seres racionales, el de Claudia, se lanzó en sueños al campo de las ideas que le agitaban tan poderosamente.

Pero el sueño de la esposa del Pretor ¿fue eventual, fue un delirio de la imaginación, que al hallarse libre de las trabas que la voluntad le pone, se lanza vertiginosa á su placer por los espacios de la fantasía, ó fue acaso un sueño providencial, dispuesto por Dios para advertirla los males que caerían sobre su familia, si por acaso Pilatos llegaba á consentir en la muerte de Jesús, ó fue dispuesto por el demonio, que temiendo por fin que la muerte del Salvador le arrebatara el imperio del mundo, trabajaba desesperado para evitarla, después que había trabajado para que se llevase á cabo?

Respecto á este particular, los Padres de la Iglesia andan desacordes; quién de ellos lo atribuye á Dios, quién lo atribuye al espíritu maligno, pero sea lo que se fuere, el sueño de Prócula no fue parto de su acalorada imaginación, sino efecto de una voluntad y disposición ajena.

Y como nosotros no hemos de ir á disertar aquí acerca de la procedencia del sueño de Prócula, dejaremos este punto espinoso á la consideración de nuestros amables lectores, y aun cuando sea cosa difícil trasladar al papel las quimeras de los sueños, vamos á escribir el que tuvo la esposa de Pilatos, aun cuando para hacerlo sintamos que las fuerzas nos faltan.

Y el sueño de Claudia fue el siguiente:

Poco después de haberse dormido pensando en el Cristo que adoraba, á su parecer todas las facultades de su alma quedaron dominadas por un asombro indescifrable.

Primero no sabía lo que le estaba sucediendo, ni lo que veían los ojos de su mente, pero después parecióle notar en el cielo, en la tierra y en los abismos una conflagración

universal, inaudita, espantosa; conflagración que parecía irlo todo á destruir y aniquilar.

En ese trastorno la tierra combatida por un viento, de fuerza inconcebible, surcaba los senos del espacio, como débil esquife que va á naufragar, y los espíritus del abismo dejaban sus lúgubres mazmorras para estenderse por la tierra, cuyos seres vivientes arrojaban con denodada furia al cielo, como si fuesen proyectiles de guerra desoladora, como si quisieran de aquel modo acabar con la existencia de Dios, para llevarse consigo á los hombres, después de haber aniquilado su raza para siempre.

Una carcajada estridente, sarcástica resonaba por doquier, y los malos espíritus cantaban himnos á la destrucción y al tormento eterno, y reían, y juraban, y blasfemaban de Dios, del cielo, de los hombres, de la tierra, de los espacios, y hasta se maldecían á sí mismos.

Aquello era un concierto entonado al caos. Mientras este concierto se daba, el espíritu más audaz y más altanero se acercó al lumínar del día y le apagó de un solo soplo; se acercó al lucero de la noche y le apagó con el viento que sus alas movían al agitarse, y entonces todos sus compañeros soltaron de nuevo la carcajada, y el soplo de sus bocas, llegando á las estrellas, las apagó también todas en un momento.

En aquel instante las sombras eran tan densas, que se hacían palpables. Los mismos espíritus que las produjeran no se veían, mientras que continuaban arrojando los hombres al cielo como proyectiles de guerra... Y los hombres al chocar en el espacio con otros hombres se hacían pedazos, y al caer de nuevo en el suelo, sembrábanle de miembros mutilados y de entrañas palpitantes...

Prócula temblaba y gemía de miedo y de horror, y te-

miendo que le llegara á ella el turno de ser arrojada al cielo, lloraba, y exhalando profundos gemidos invocaba la asistencia del Dios de Judá, y del Señor que predicaba Jesucristo.

Y mientras invocaba Prócula al Señor, llegó á ella un ruido discordante, estridente, inmenso, aterrador. Parecía que las entrañas de la tierra esplotaban, y que la superficie rodaba al abismo, y que el abismo subía á la superficie, para tornar á bajar y tornar á subir.

Una voz angustiosa dominó todo el espantoso ruido que resonaba en la tierra y en el cielo, y como que aquella voz fuera omnipotente, todo se redujo en un instante al silencio, á la inercia. Aquella voz quejumbrosa lo dominaba todo, todo lo avasallaba, á todo se imponía en el seno del cielo, en los abismos del profundo y en la superficie de la tierra.

La espantada Prócula oyó clara y distintamente lo que decía aquella voz doliente, como si fuera de hombre que espiraba entre amargas angustias y terribles agonías.

— Un juez infiuo me ha condenado, — decía; — oídlo cielos, oídlo senos del espacio y profundidades del abismo... y sed testigos de mi inocencia y de la justicia de mi causa. Mi juez sabía que yo era inocente; mi juez sabía que mis enemigos eran comidos por la envidia, y sin embargo, mi juez infiuo me ha arrojado al suplicio mas infamante y mas cruel. Mano de Dios, ¿qué tardas á vengarme? Derrama unas gotas de mi sangre sobre la frente del juez infiuo y de todos mis perseguidores, y sea hecho esto en memoria de no haber hallado amparo en la tierra la justicia y la inocencia divina. Mano de Dios: no desoigas la última súplica que te eleva el que espira siendo inocente, y abate de una vez á todos los enemigos de mi nombre y de mi sacrificio...

Dichas estas palabras por aquella voz agonizante, percibió Claudia como el último quejido de un cuerpo que exhala el alma, y en aquel momento la tierra fue toda iluminada por una luz brillantísima, que como un soplo se elevaba de la tierra al cielo. Y se oyó otra voz tan majestuosa que aterraba; voz que repercutió sonora y clara en todos los confines del espacio.

— Justicia é inocencia, — dijo la voz; — el juez infiuo no ha querido hacerte brillar, y te hará brillar el Juez de las sentencias inapelables. Confunda tu luz á todos los que te aborrecieron.

Dichas estas palabras hubo una esplosion tan grande en el infinito, que hasta las estrellas se postraron atemorizadas, y los inmensos globos del espacio empezaron á temblar, como si fueran espantadizas gacelas, como si fueran hojas agitadas por el viento en la cima de los árboles.

Y un ¡ay! universal, ¡ay! de pavor y de espanto resonó en todos los senos del espacio. La inmensidad ardia, los confines del infinito gemían, los espíritus brillantes agitaban en sus manos irritadas incandescentes globos de fuego abrasador, y los arrojaban á la cabeza de los malvados y del juez infiuo, gritando:

— Ahora brilla la inocencia y la justicia; ahora se ostenta á los ojos de las naciones y de los soles, la iniquidad de los que han condenado á morir en un patíbulo al Hijo único de la Justicia eterna.

Y la inocencia del sentenciado brillaba pura y coruscante en el cielo, como los pensamientos mas grandes y adorables de Dios. Y mientras esta inocencia brillaba, hubo grandísimo alarido de voces y ayes, y de gente cobarde y vencida que huye espantada y en tropel:

— ¡Ay de nosotros! — decían aquellas voces; — ¡ay de nosotros, cuyo imperio ha terminado para siempre!...

Y otras voces irritadas gritaban desde el zénit:

— Destruyamos su poder, aniquilemos sus fuerzas; aplastémosles para siempre, á fin de que no logren nunca jamás traspasar los umbrales de su mansion maldita.

Y los que pronunciaban estas voces amenazadoras, arrojábanse sobre los espíritus malditos, y con furia inconcebible los tiraban al abismo, en cuyas peñas quedaban clavados, y gritando, y dando contorsiones violentas, y procurando destrozarse á sí propios, sin que jamás lo consiguieran.

Y mientras que unos espíritus hacían esto, otra voz tan poderosa como la del trueno, y como la del mar, y como la del volcan, y como la del terremoto todas juntas, decía:

— Destruid á los iníquos, borrad su nombre del libro de la vida, abrasad la tierra que ha visto condenar al inocente... ¡Sed implacables, sed implacables, y no perdonéis al juez inícuo!

Aquellos espíritus empezaron á bajar á la tierra en raudo vuelo, y con espadas de fuego grababan caracteres ardientes, letras y signos de maldición, en las frentes de los malvados, y desde aquel momento los dolores mas atroces roían sus entrañas, y la desesperacion mas ciega se apoderaba de sus corazones, y les dominaba el vértigo de la horrenda infelicidad.

— ¡No haya piedad para ellos, — repetía la voz sin cesar, — no haya piedad para ninguno de ellos!...

Y esto duró mucho tiempo, durante el cual la congoja de Claudia era inenarrable. De pronto oyó una voz severa como la majestad del Eterno, que decía desde el lugar

donde brillaba triunfante la justicia y la inocencia, condenada por la maldad de los hombres. Y dijo:

— Mi hora ha llegado. Debo juzgar el crimen del que ha condenado mi inocencia. Espíritus irritados, conducid á mi presencia al juez inícuo, que condenó á un patíbulo infamante la Inocencia eterna.

Dijo la voz, y en menos de un instante fue obedecida; fueron sus órdenes cumplidas. Los espíritus presentaron á la brillante Inocencia el juez inícuo que la condenara en el mundo.

Claudia vió el rostro de aquel juez y se puso á temblar, porque reconoció en él á su esposo. Gimió, suspiró, prostróse á la presencia del Eterno, derramando sudores de congoja y lágrimas de sangre, pero su afliccion no fue atendida, su ruego no fue escuchado, su plegaria no fue oída.

Aquel hombre que tenía el rostro de Pilatos, confundido, anonadado, tembloroso, y obligado por una fuerza misteriosa, irresistible, á fijar la mirada en su Juez, tenía grabados en la frente unos caracteres ardientes, de los cuales caían gota á gota sobre su corazon unas destilaciones de fuego, que eran soplos de la vida eterna, y su lengua se agitaba dentro de la boca del inícuo como níquel derretido, como bronce en ebullicion.

Claudia gemía, y parecíale que á cada gemido se le iba un giron del alma, hecha pedazos contemplando aquel hombre, mientras que la Inocencia y la justicia eternas con acento irritado, implacable, le decían:

— Juez inícuo de la tierra, ¡ mírame! ¿ Me conoces?

— ¡ Maldito soy, maldito sea eternamente!... — ahulló el que tenía el rostro de Pilatos.

— Sí; maldito serás para siempre, sin cesar... — díjole la Inocencia.

— Es justa mi maldición, y los tormentos que me desgarran son justos. ¡Oh! aniquíleme, borra mi nombre del libro de la vida.

— Borrado está, pero escrito está también que sufras en la tierra el castigo de tu iniquidad, de tu infinito crimen. Desde ahora tu amo te perseguirá, andarás pobre y errante como un perro abandonado, tus entrañas se destrozarán a la fuerza de mi ira, y cuando esté cansado de sufrirte vivo, te arrojaré para siempre al abismo, en el que sufrirás eternamente, sin parar un punto, sin menguar un instante tus tormentos, porque mi ira pesará sobre tu cabeza, mientras yo sea la eterna Inocencia, y la eterna justicia!... ¡Anda, maldito!...

Y el soplo del que hablaba arrojó al juez inícuo de su presencia, y fosforescente cayó al suelo de cabeza, despedido como un alud de la montaña. Y al dar en tierra el juez inícuo exhaló un ¡ay! profundo, desgarrador, desesperado...

Claudia exhaló a su vez un grito de horror. Su grito la acababa de despertar. Hallábase sudorienta, trémula, inquieta, llena de sobresalto, y atemorizado su corazón.

Al convencerse de que aquello no había sido más que una pesadilla espantosa, suspiró para desahogar su pecho de la opresión que en él sentía. Después con voz llena del miedo de los presentimientos y de los temores dijo:

— ¡También él ha soñado cosas horribles!... Dios de Judá, ¿será verdad?

Y hundiéndolo su cabeza en la mullida almohada, tapó su rostro con entrambas manos.

CAPITULO VIII.

De Anás á Caifás.

Mientras en el Pretorio pasaba todo lo referido en los tres capítulos anteriores, Jesucristo era conducido de la casa del malvado viejo Anás á la de su yerno Caifás, donde estaba reunido el Sanhedrin, sin que faltaran allí Gamaliel, Nicodemus y José de Arimatea.

Gamaliel hallábase profundamente preocupado, y apenas contestaba á las indicaciones alegres y amistosas que de vez en cuando hacía Onkelos. Este se pusiera ya de acuerdo con un gran número de testigos, y muy particularmente con los cínicos y descreídos Ananías y Achazías. El fariseo contaba con su elocuencia, y arrebatado por la pasión vengativa que le dominaba, creía hacer entre sus compañeros un gran efecto, efecto tanto más seguro, cuanto todo estaba dispuesto y preparado con los falsos testigos, para que la acusación fiscal fuese más violenta, más poderosa, casi incontrovertible.

Verdad es que Onkelos había tropezado con algunas dificultades al buscar los testigos, más todas ellas había sabido vencer perfectamente, gracias á la seguridad que les daba, no solo de su impunidad, sino hasta de que serían premiados por el Sanhedrin. Y si los testigos falsos que el fariseo buscara oponían alguna resistencia á declarar contra Jesucristo, no era por cierto por bondad, sino por temor al castigo que les podía sobrevenir, si se les

probara que habian declarado en falso. Onkelos, repetimos, supo convencerles de que nada malo les sucederia, y obtenida esta seguridad, todos prestáronse gustosos á los manejos del fariseo; todos se amoldaron humildemente á las instrucciones que daba á cada uno, sobre la deposicion que debian hacer contra el divino Nazareno.

Hallándose las cosas en tal estado, Onkelos, rencoroso y lleno de hinchada vanidad, no podia dejar de estar contento, pero su alegría era la frenética del crimen mas enorme, y no es comparable á ella la que demuestra el asesino y ladron, cuando tiene la seguridad de asesinar y robar á mansalva á su mas poderoso y temido enemigo.

Caifás por su parte irradiaba de gozo, y como que el diablo en aquella circunstancia le hubiese dado mayor cantidad de inteligencia, todo lo ordenaba, todo lo disponia con frenesí, pero perfectamente.

Todos sus compañeros, todos los jueces del Sanhedrin demostraban tambien bastante alegría; pero se dejaba ver en ellos en medio de su júbilo una espresion incalificable de sobresalto. Aquella espresion ¿era tal vez la voz de su conciencia, que les indicaba el gran crimen que iban á perpetrar? ¿Era que Dios no queria que su júbilo fuese completo, y por tanto que hubiese en ellos algo tan poderoso que las sonrisas y la alegría no fueran bastantes á ocultarlo en el fondo de sus pechos?

Nicodemus se hallaba pensativo, caviloso, ensimismado, triste, y á veces las lágrimas le saltaban furtivamente de los ojos, á veces se le escapaba un suspiro profundo y lleno de angustia, y otras un estremecimiento de horror agitable al mirar la alegría de los jueces de Israel, y al considerar que aquella alegría era del todo infernal, por que preparaba el crimen infinito del deicidio.

El buen sacerdote era mirado con ira, y no pocas veces Caifás y sus seides trataron de arrojarle ignominiosamente de la casa, pero se detuvieron siempre, porque la espresion de Nicodemus era tan resuelta, tan decidida, que los enemigos de Cristo se convencieron de que, ó le habrian de sacar á pedazos de allí, ó el discípulo de Jesús no habia de moverse de aquel punto.

José de Arimatea estaba pensativo y triste tambien. Dos temores le agitaban terriblemente. El primero era acerca del crimen inaudito que su pueblo meditaba, crimen que ora se perpetrase, ora dejara de llevarse á cabo hasta el fin, debia acarrear sobre Israel todo el peso de las venganzas divinas: el segundo temor que agitaba á José, era el de ver maltratado ante sus ojos al divino Enviado, cosa que no sabia el de Arimatea si podria verla sin morir allí mismo. Por otra parte, José estaba además agitado por el miedo. Aquel hombre que tanto se echara en cara su cobardía, que tantas veces la llorara á solas y ante sus amigos, que tanto habia trabajado para salvar á su divino Maestro; aquel hombre, repetimos, no tenia valor para confesar á Jesús delante del Sanhedrin, porque las miradas de los jueces de Israel le espantaban, dejábanle sin circulacion la sangre en las venas. Misterios del corazon humano, que nadie ha podido escrutar ni definir, fuera del que le hizo de la nada; fuera del eterno Señor de lo criado.

Y en este estado hallábanse los congregados en el palacio de Caifás, mientras la comitiva que acompañaba á Jesús iba acercándose.

Anás y sus hijos seguian á esta triste comitiva, y los verdugos trataban entonces á Cristo con la saña y crueldad con que hasta allí le habian tratado. Para ellos era cuestion de heroismo afectar aun mas barbarie y crueldad de

la que en sus corazones podia haber. Distinguirse martirizando al Justo delante de Anás, era una insigne distincion, era para ellos un incomparable honor, al que todos aspiraban, y para conseguir el cual todos rivalizaban en saña y crueldad. El mismo espíritu de tinieblas no era capaz de atropellar á Jesucristo mas bárbara y cruelmente de lo que aquellos abortos del infierno le trataban.

Y cuando merecian un elogio del malvado sacerdote, ó cuando veian una sonrisa de satisfaccion en los labios del viejo Anás ó de sus hijos, entonces era cuando se llenaban de orgullo, y trataban de redoblar todos á una las crueldades, para merecer todos el mismo aplauso.

¡Cuántas veces los labios del divino Salvador besaron las piedras del adoquinado! ¡Cuántas veces dejaron en ellas una mancha de sangre al mismo tiempo que un beso! ¡Cuántas otras fue arrastrado por la pendiente del Sion, y su divina cabeza, cuántas veces se abrió en profundas heridas, que dejaban un reguero de sangre en pos de sí!

Y cuando llegaron á pasar por delante de la casa de Marcos, los alaridos, las voces, las blasfemias de los sañones eran mas redobladas, y los tormentos de Jesús mas insufribles.

Marcos al oír aquel estruendo salió para enterarse de lo que era, aun cuando ya lo presumia, y al ver que se acercaban los verdugos del Señor atormentándole tan atrocemente, no tuvo valor para continuar presenciándolo y se internó en la casa, pero María que oyera el mismo estruendo que Marcos, dijo:

— Se acerca...

— ¿Quién, señora? — preguntóle Magdalena.

— ¿Y quién ha de ser? La luz de mis ojos, la flor de mis entrañas, la hermosura divina que mi corazón adora!...

Se acercan... ¿Oís ese estruendo? ¡Son sin duda los verdugos que maltratan á su Criador, y él lo recibe, y él lo sufre todo, para redimir á los desdichados que le maltratan y atormentan!...

Y diciendo esto María se puso en pié, haciendo ademán de querer salir:

— ¿Dónde vais, Madre mia? — díjola Magdalena abrazándola.

— ¿Dónde voy? ¿Oyes que se acercan, y preguntas á mi corazón dónde va? Magdalena, yo quiero verle... quiero contemplarle por otra vez, aun cuando mi corazón haya despues de caer en pedazos... Si vosotras no teneis valor para verle atormentado, amigas mias, quedaos aquí; yo volveré dentro de breves instantes; yo volveré despues de haberle visto!

Y María salió sin que nadie osara oponerse á ello, y las mujeres la siguieron hasta el patio de la casa, donde la triste Madre quedóse temblando, al oír las blasfemias de los que maltrataban á su divino Hijo.

Poco despues el cortejo sangriento desfilaba por delante de la casa de Marcos, y las miradas del Salvador y de María se encontraron por un instante, y se hicieron la revelacion y la confidencia amarga del dolor que les atribulaba.

María estaba pálida y temblorosa; de sus ojos del color de púrpura á causa de tanto llorar, no brotaban lágrimas ya, sino miradas tristísimas y compasivas; Magdalena y las mujeres la sostuvieron creyendo que iba á caer, porque la vista del estado de Jesús era capaz á dejar sin vida al corazón de aquella Madre amorosa.

Jesucristo estaba desconocido; ¡tantos eran los duros tratamientos que recibiera! Su madre le contemplaba aun,

cuando uno de los sayones acercóse á él, dióle un tremendo golpe con la contera de la lanza, y díjole:

— ¡Anda, cordero!

Y esto fue como una consigna, porque todos hicieron lo mismo que el que acababa de hablar, moliendo á palos y á puñetazos al Salvador, mientras que Malco le daba un furioso empujon, que hizo caer de frente en tierra al divino Redentor.

El sordo ruido del golpe dado por Jesús sobre los adosquines, arrancó un grito doloroso á los corazones de las compañeras de la Virgen dolorida, mientras que los verdugos soltaban una tremenda carcajada, acompañándola de maldiciones y blasfemias.

El quejido dado por Jesús al caer, vino á herir el corazón de su Madre, que cayó como desvanecida y llorando en brazos de Magdalena. Y despues la desventurada Virgen con acento lleno de infinita angustia musitó:

— ¡Dios mio y Redentor mio; que yo que te llevé en mis entrañas no pueda evitarte uno de esos tormentos!... Mas ya que tan generoso eres, Salvador mio, haz que tus crueles suplicios lleven al cielo á todas tus criaturas, para que te amen siempre en la gloria, aquellos que han sido redimidos con el inestimable precio de tu sangre.

Despues resignada, pero llena de desolacion, dijo á sus compañeras:

—Vamos arriba, amigas mias; le he visto ya.

Y reclinándose en Magdalena, porque la pobre apenas tenia fuerzas para dar un paso, tornaron silenciosas á la estancia en que las hemos visto otras veces.

Si hubieran esperado algunos momentos mas, habrían visto á Juan el ahijado de María, y á Simon Pedro un poco mas atrás, que seguian á Jesús.

CAPITULO IX.

Datos acerca de los juicios y causas criminales entre los hebreos.

Puesto que vamos á introducir á Jesucristo delante del Sanhedrin, suponemos que nuestros lectores nos agradecerán que les demos algunos detalles acerca la constitucion y procedimientos de un tribunal hebreo, cuando se hallaba en el caso de entender en una causa criminal.

Hemos prescindido de estos detalles en el libro segundo de esta obra, tanto porque allí no se trataba mas que de una cuestion religiosa contra el divino Salvador, como tambien para no sobrecargar allí demasiado el cuadro con datos, que no siendo precisos, no hacen mas que destruir el interés de la accion. Pensamos entonces que ya llegaria el momento de iniciar á nuestros lectores sobre los procedimientos criminales de los hebreos, y como esta ocasion ha llegado, vamos á continuar aquí, aunque sucintamente, lo que mas adelante podria hacer falta al amable lector, para la mejor inteligencia de las escenas que deberémos describir.

Basta, pues, de preámbulo, y entremos desde luego en materia:

El derecho de los hebreos era verdaderamente patriarcal y primitivo. Consistia en juzgar y ser juzgado, esto es, en poder el israelita formar parte de un tribunal, y en deber presentarse delante del tribunal compuesto por sus con-